



DON EUGENIO MONTES

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LXX. - TOMO LXIII. - ENERO-ABRIL. - CUADERNO CCXXVIII

Eugenio Montes
(1900-1982)

El 22 de enero de 1978 leía su discurso de ingreso en la Real Academia, Eugenio Montes. Lo hacía nada menos que con treinta y ocho años de retraso, rebasados ya, hasta lo inaudito, los plazos reglamentarios, por cuanto que estaba elegido desde el 1 de febrero de 1940. La verdad sea dicha, ninguno de los académicos de las promociones de nuestra guerra se dieron mucha prisa en cumplir con ese indispensable trámite que convierte al electo en miembro activo de la Corporación. Si mis informes no son erróneos, Rafael Sánchez Mazas llegó a escribirlo y don Eugenio D'Ors a contestarlo, pero la ceremonia solemne de su lectura no tuvo lugar. Rafael Sánchez Mazas murió, por tanto, sin ocupar el sitio de la letra X, que era el que le correspondía. Entre nosotros tenemos, para nuestro orgullo e ilustración, a don Pedro Sainz Rodríguez, que aún venció la que suponíamos plusmarca de Eugenio Montes, por tres tantos de diferencia. En efecto, nombrado en enero de 1938, no subió a estrados hasta el 10 de junio de 1979 para leer su discurso, rebotante, como todos los suyos, de cultura y de sabiduría. El de Eugenio Montes se titulaba *El Romanticismo en los clásicos* y era una eruditísima busca

y rebusca, una excavación a medias arqueológica y literaria en los textos griegos y romanos, de los atisbos de lo que, siglos más tarde, serían los fuegos artificiales del romanticismo, a cuya fascinación sucumbirían varias generaciones de escritores. Me cupo a mí el honor de darle la bienvenida en nombre de todos sus compañeros y supongo que a encomendarme tan halagadora tarea le indujo, acaso, el haber sufrido muchas veces mis investigaciones para que, venciendo su pasividad, terminase su trabajo del que siempre me hablaba como de algo muy pensado y a punto de concluirse. Me cabe también ahora, quizá por haber oficiado entonces de gratulador o nuncupator —los términos son de Pérez de Ayala—, la pesadumbre de redactar estas sucintas notas necrológicas.

¿Qué había sido el hombre Eugenio Montes? ¿Qué había sido el escritor Eugenio Montes? El hombre, un dechado de bondad, de señorío y de fidelidades, siempre dispuesto a la colaboración y ayuda, consejero sensibilísimo en materia de humanidades, con un fichero memorístico del que desconozco quién lo iguale y doy por inexistentes los que le superen. Distráido, inepto hasta para las más triviales exigencias de la vida práctica, olvidado o desconocedor de los números, como si no existiesen, pero no de los afectos, que nunca caducaron ni palidieron siquiera en su corazón. Bohemio unas veces, delicado siempre y necesitado, eso, sí, en todo tiempo y a toda hora, de la comunicación oral con sus amigos y sus discípulos. “Me cuesta mucho —decía— leer a mis contemporáneos.” Y es verdad que en su cultura había un desfase visible entre su conocimiento de la obra de los hombres nuevos y de los nombres eternos. Pero necesitaba, con una necesidad casi física, el diálogo con los de su tiempo. Fue, por esta causa, frecuentador de tertulias en la época en la que éstas florecían en los cafés —ahora ya casi por completo extintas—, y cuando se hizo difícil encontrarlas, él, conversador impenitente e inagotable, tomaba por banda al amigo más próximo,

le cogía cordialmente del brazo y, en un peripatetismo del que era frecuente escenario Recoletos y el Retiro, le enredaba lleno de inteligencia y de ingenio, en un monólogo que, sólo de vez en cuando, taraceaban los comentarios de su interlocutor. El peripatetismo, sí, fue su método didáctico por excelencia, allí donde se encontrase, lo mismo en Madrid que en Lisboa, donde regentó muchos años el Instituto Español, o en Roma, de cuyo Instituto Español de Cultura fue igualmente director. El viejo adagio: "España mi natura, Italia mi ventura" se hizo carne en Eugenio Montes, y sólo quienes saborearon el placer de ir a su lado en sus trasiegos por la Ciudad Eterna pueden dar fe de la profundidad de sus conocimientos artísticos y humanísticos. El derecho a mostrar disconformidad con la época en que a cada mortal le toca su cupo de vida, es tan indudable como estéril. Marañón, en contra de esa libertad, defendía siempre el patriotismo del tiempo como anejo al de la tierra en que se nace, pero no lo entendía así Eugenio, y se vio siempre a sí mismo, como un exiliado de la Hélade o del Renacimiento, traspasado, a despecho de su ilusión y su deseo, al siglo xx. Pienso que de los atractivos y seducciones materiales de nuestra época disfrutó muy poco. Odiaba los aviones, la radio, la televisión y jamás se dejó arrobar por el cine, en cuyos locales escasas veces, y sólo por accidente, entró. No hubo, en cambio, Tintoretto, Tiziano, Leonardo, Velázquez ante los que no consumiese largas horas contemplándolos, y si, en algún instante y con visible humor se dio a refunfuñar de Roma, fue porque en la gran urbe agigantada demográficamente no era posible ya ir leyendo por la calle sin correr los riesgos del empujón, del despiste o del atropello.

¿Qué fue el escritor Eugenio Montes? Anotemos, antes de nada, su bilingüismo. Era gallego. Él gozaba espolvoreando con deliberada obscuridad el nombre del lugar de nacimiento —Vigo—, situándolo en Bande, el pequeño pueblo orensano —solar de su infancia— al

que su corazón amaba profundamente, Bande que hoy tiene una plaza con su nombre —y pronto un busto— merced a la amistad de Dionisio Gamallo. Pues bien, Eugenio Montes fue un escritor en gallego antes de serlo en castellano, y más aún, un profesor, un artífice del gallego, idioma en el que publicó su primera obra, *Estética da muñeira*, y, a seguida, *Contos, A parábola de Peter Brughel* y versos, bajo el título de *Alalás*. (Al hablar de escritores bilingües confieso humildemente la parte alícuota de remordimiento que sobre todos pesa por haber dejado extramuros de la Academia aquel fabuloso hombre de letras que se llamó Álvaro Cunqueiro.) Eugenio, sí, escribió en gallego, pero su gran obra, en castellano. Eugenio fue, por antonomasia, un periodista de primer orden. Conviene distinguir entre el proveedor de noticias y su glosador: ambos, si se quiere, pueden optar con toda legitimidad a ser llamados periodistas, a ambos les corresponde ese título profesional, tan honroso e importante en la vida de hoy, pero sus oficios difieren. Nadie tiene memoria de que Eugenio haya dado alguna vez, en su dilatada carrera, noticia alguna, pero nadie o muy pocos han sabido glosarlas como él. No llegó por su mano a la Redacción de *ABC* la del vil asesinato de Dollfus, pero su artículo analizándola, sacando las consecuencias políticas del magnicidio, fue un artículo magistral, aquel, dicho sea de paso, por el que obtuvo el Premio Mariano de Cavia. Y he oído decir que fue uno de los muchos artículos suyos que pasaron a la platina desde el teléfono; un original, en suma, no escrito, improvisado. De ahí, acaso, su temblor, su emoción, su profético patetismo. Era Eugenio, entonces, corresponsal en el extranjero. Para Augusto Assía, uno de los tres mejores de todo tiempo de la prensa española, a saber, Corpus Barga, Montes y Julio Camba —con modestia comprensible rehúye el nombre del cuarto—, y desde luego la lectura de sus crónicas en el *ABC* de los terribles años que precedieron a la aún más terrible guerra eran buscadas y leídas

con avidez. Eugenio Montes había sido corresponsal de *El Debate* en París y Londres en 1931 y 1932. Más tarde, de *ABC*, en Berlín y Roma. Su firma la difundieron periódicos de tan varia significación como *La Época* y *El Sol*, aparte de los ya citados, pero ni su ideología ni su estilo evolucionaron. A Eugenio Montes le deslumbró, desde el principio, la figura de José Antonio Primo de Rivera, en cuya formación intelectual dejó su impronta y la sirvió con hidalguía y fidelidad hasta el último momento. Por lo que concierne a su estilo literario, mantuvo siempre las mismas características: aquella facultad de perfumar de clasicismo “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”, aquel arte de emparentarlos con las lejanas mitologías de Grecia y del Imperio, aquella suntuosidad y propiedad de las citas, de las evocaciones, aquella lujuria poética con la que, sin la menor artificiosidad, engalanaba su prosa de cronista. Eugenio Montes conquistó así la admiración de sus coetáneos más severos; de Eugenio D’Ors, que le elogió en aquel divertido pareado del alfil y el marfil; de Unamuno, que rindió tributo “a su profundo saber y la inteligencia abarcadora que en ningún otro encontraba” —son sus palabras textuales—; de Salvador Dalí, que le tenía por el mejor plumífero de su hora, y por tantos más. A manera de contrapunto, recordaré que Alberti le dedicó, en sus memorias, unas sectárias palabras despreciativas.

Le pone a uno melancólico pensar que de toda aquella pedrería queda poca materia sólida en la que cimentar su posteridad. Tal vez es esa la gloria y la servidumbre del periodismo. Las más brillantes de sus crónicas están compiladas en varios libros: *Melodía italiana*, *El Viajero y su sombra*, *Elegías Europeas*, *Visión de Portugal*, curiosidad hoy día, si acaso, de bibliófilos, no huéspedes de los escaparates de las librerías, pues no fueron nunca “best sellers” —anglicismo, a mi entender, sustituible por “vendidísimo”—, a lo que con-

tribuyó, acaso, el apoyo oficial, que en estos casos sala casi siempre la tierra que quiere fecundar. Pero en la historia del periodismo español, su nombre figurará con el relieve merecido. Y digo en la del periodismo, porque en el periódico fue en donde ganó nombradía y lució su inteligencia, pero por sabido se calla que periodismo y literatura son vasos comunicantes, ya que no es deseable un periodismo deshuesado en el que la pompa de las palabras bellas se tirotee o se persiga como un elemento perturbador, y porque hay que confiar en que el buen Dios nos libre, en el futuro, de una redacción en la que el lugar preferente sea el de las computadoras. De ahí que la nombradía de Eugenio Montes alcance, por igual, a la historia del periodismo y a la de la literatura.

En lo que concierne a su memoria de hombre, ésta perdurará mientras vivamos los que le conocimos. En las necrologías, no muy abundantes, que han escoltado su muerte, alguien aludía a una cierta displicencia de Eugenio para los jóvenes. Me atrevo a disentir de ese juicio. El poder de convocatoria de Eugenio era extraordinario y su solo arribo a una ciudad cualquiera de nuestro país, apenas conocido, movilizaba en torno suyo a todos los alevines de escritores de la comarca: eran su Agora espontáneamente congregada —rincón de café, sala de casino, alameda— en la que Eugenio pontificaba, buscando con generosidad la coincidencia de sus tesis con la de los contertulios o discrepando de pronto, súbitamente, con indisimulado ardor, quizá tanto más extremado cuanto más remoto en el tiempo estuviera el tema discutido. Más se encrespaba, desde luego, si la disputa afectaba a Platón que al presidente de los Estados Unidos. Y, probablemente, atinaba, porque, al fin y al cabo, los presidentes de los Estados Unidos son, más bien, figuras caedizas y Platón sigue siendo reelegido por mil generaciones fieles desde el alba del mundo.

La muerte le había hecho un guiño siniestro, no mucho tiempo atrás, del que Eugenio pudo desentenderse sólo a medias. Pero desde entonces, el estilista refinado, el conferenciante subyugador —una de sus facetas menos alabadas pero más brillantes de sus talentos literarios—, el conversador fecundo, inagotable, subsistían pálidamente en aquel cuerpo empequeñecido que se aposentaba en cualquiera de las butacas de la antesala y que, con un hilo de voz casi inaudible, correspondía a nuestros saludos. Pocos días antes del 28 de octubre, sabiéndose incapaz de ir personalmente al colegio electoral, Eugenio mandó su voto por correo. Fue su casi póstuma participación en la política de su país que amó tanto. El 28 dejó sin recoger la cántara de leche del escritor, esto es, los periódicos del día. Algunos, pocos, de los que estamos aquí congregados le seguimos en su último paseo. El frío oficial de la Academia acompañó, según es triste y sostenida tradición, su óbito.

Yo recuerdo ahora, emocionado, el abrazo de aquella tarde de enero de 1978 a la que aludía al principio de estas líneas. Eugenio Montes, al que la tan manida cita del “torpe aliño indumentario” le era aplicable por derecho propio, lucía las galas protocolarias, con la difícil corbata de pajarita en equilibrio inestable sobre el cuello; en el chaleco del frac le bailaba la banda de no sé qué Gran Cruz; los broches de la almidonada pechera dejaban al aire prendas de menor énfasis; una sonrisa de satisfacción le ocupaba los labios, cuya comisura izquierda acostumbraba él a distender, desnudando la encía, en apoyo de alguna frase o afirmación tajante; por la mirada le bailaba una alegría pura, infantil y profunda. Habían venido a oírle gentes de los cafés ya derribados, paisanos de su Galicia entrañable y, naturalmente, figuras señaladas —intelectuales, políticas— de nuestro país. Era feliz, ¿cómo no serlo en el momento más alto de su vida profesio-

nal? Yo intuía, sin embargo, que delicias mayores, aunque menos ostensibles que aquellas, las había gozado cuando iba desde la Vía Gregoriana a la Plaza del Corso, simplemente, leyendo la *Historia de Roma en la Edad Media*.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO.